

# La Conquista del Espacio

Autor Maurice Blanchot

Among the four articles which Blanchot wrote for the planned *Revue internationale* in 1961, "The Conquest of space" has so far never been published in French as the original is considered to be lost. In this brief but intense text, Blanchot gives a surprising interpretation of Gagarin's orbit around the earth which took place that very year.

El hombre no quiere dejar su lugar. Dice que la técnica es peligrosa, que se insinúa en nuestra relación con el mundo, que las verdaderas civilizaciones son aquellas de carácter estable, que el nómada es incapaz de adquisición. ¿Quién es este hombre? Cada uno de nosotros, en el momento en que cede a la gravedad. El mismo hombre que experimentó un traumatismo el día que Gagarin se convirtió en el hombre del espacio. A partir de ese momento, este acontecimiento fue olvidado; pero la experiencia se renovará bajo otras formas. Y en tales casos, debemos estar a la escucha del hombre de la calle, de aquel que no se establece. El hombre de la calle admiró a Gagarin, lo admiró por su coraje, por la aventura y también en homenaje al progreso; uno de ellos nombró la buena razón: es extraordinario, hemos dejado la tierra. En ello reside, en efecto, la verdadera significación de la experiencia: el hombre se ha desprendido del lugar. Se tuvo la impresión, al menos por un instante, de algo definitivo: lejos —en una distancia abstracta y de pura ciencia— ajeno a la condición común simbolizada por la fuerza de gravedad, hubo alguien; no en el cielo, sino en el espacio, en un espacio que no tiene ser ni naturaleza, sino que es pura y simplemente la realidad de un (casi) vacío mesurable. El hombre, aunque un hombre sin horizontes. Acto sacrílego. A su regreso, Gagarin tuvo algunas ocurrencias de mal gusto: había estado en el cielo y no había encontrado a Dios. Los organismos católicos protestaron. Pero equivocadamente. No hay duda de que la profanación había tenido lugar: el viejo cielo, el cielo de las religiones y de las contemplaciones, el "allá arriba" puro y sublime, se había disuelto en un instante, despojado del privilegio de la inaccesibilidad, reemplazado por un nuevo absoluto, por el espacio de los científicos que no es nada más que una posibilidad calculable. Pero con todo, más que al cristiano, Gagarin puso en jaque al hombre que, en nosotros, es eternamente seducido por el paganismo, que tiene por suprema aspiración habitar la tierra, instalarse en la tierra, residir, fundar, echar raíces, adherir ontológicamente a la raza biológica y al suelo ancestral; el hombre posesivo que quiere tener la tierra y que la tiene, que sabe apropiarse y agarrarse, incrustado para siempre allí donde está, en su tradición, en su verdad, en su historia, y que no quiere que se le ponga fin a los lugares sagrados del bello paisaje y del gran pasado; el melancólico que se consuela de la malevolencia de los hombres frecuentando los árboles. Gagarin, durante un momento, nos ha liberado de un hombre tal, y nos ha aligerado de sus baratijas milenarias (tan bien representados por Ionesco en *Le locataire*[1]). ¿Triunfo de la técnica? Ciertamente. La libertad adquirida (hecha de manera aun ilusoria) frente al "lugar", esta especie de levitación del hombre-sustancia, del hombre-esencia, obtenida por el desprendimiento de la "localidad", ha venido a prolongar, y por un momento a concluir, el proceso a través del cual la técnica desestabiliza las civilizaciones sedentarias, destruye los particularismos humanos, obliga al hombre a salir de la utopía de la infancia (si fuera cierto que el hombre-niño, en cada uno de nosotros, busca regresar al lugar). Tuvimos la ocasión de constatar cuán difícil es dejar estas regiones y elevarse a una formulación de problemas de la madurez, pues a penas el mismo Gagarin, sustrayéndose a las fuerzas originarias y comprometiéndose en un movimiento de dislocación pura, comenzaba a convertirse en el hombre separado, Kruschév se apresuró a reintroducirlo en el espacio dirigiéndole el saludo en nombre de la tierra, su "patria". Sorprendente fórmula de intimidación, memorable desconocimiento que habría podido ser pronunciado de la misma manera por estos hombres de Estado llamados Kennedy o De Gaulle, hombres de la herencia, listos a exaltar por razones de prestigio las ventajas de la técnica, pero incapaces de aceptar, de recibir las consecuencias, que son disolver toda pertenencia y poner en cuestión, en todos los lugares, el lugar. Sea. Mas, ¿no hay que decir también que, de una cierta manera, la empresa de Gagarin tuvo —en sus reflejos políticos y míticos— como resultado autorizar a los rusos a habitar de manera aun más firme la tierra rusa y que, por otra parte, esta empresa no tiene la apariencia de haber modificado físicamente de manera decisiva la relación con el Afuera? Naturalmente, es justo decirlo; como es justo también decir que la superstición del lugar no puede sernos extirpada si no es abandonándonos momentáneamente a alguna utopía del no-lugar[2]. La condición del cosmonauta, en ciertos aspectos, es digna de compasión: un hombre que es el portador del sentido mismo de la libertad y que, más que cualquier otro hombre, se encuentra prisionero de su propia situación, liberado de la fuerza de gravedad y cargado más que cualquier otro ser, en camino hacia la madurez y envuelto en sus mantas científicas, como un recién nacido de otro tiempo, reducido a alimentarse con el biberón y a vocear más que a hablar. Todavía hoy, la escucha de esta pobre palabra que, frente a lo inesperado, no emite más que banalidades; palabra privada, por lo demás, de toda garantía, y que nada nos prohíbe atribuir (como lo hizo Nixon) a una mistificación cualquiera. Y sin embargo, algo nos molesta y nos asusta en este verborrea: no se detiene, no debe detenerse nunca; el menor desgarramiento en el ruido significa el vacío para siempre; toda laguna o interrupción introduce algo que es bien más que la muerte, que es la nada exterior incorporada en el discurso. Es necesario entonces que, aquí abajo, el hombre del Afuera hable, y que hable continuamente, no sólo para asegurarnos e informarnos, sino porque no hay ahora ninguna otra relación con el antiguo Lugar si no es esta palabra incesante que, acompañada de estridencias y contra toda armonía de las esferas, dice, a aquellos que no saben escucharla, sólo cierto lugar como insignificante, pero que dice también ésto a aquél que la escucha mejor: que la verdad es nómada. Traducción: Mariana Larison

[1]N. d. editor: El título exacto de la obra de Ionesco es *Le nouveau locataire* (1955).

[2]En este lugar habría que citar a Emmanuel Levinas, a quien debemos una parte de estas reflexiones y quien a dicho con fuerza "La técnica es peligrosa, pero menos peligrosa que los genios del Lugar" (N.d. editor.: Levinas, Emmanuel (1961): "Heidegger, Gagarine et nous", *Information juive* 1961, vuelta a publicar en *Difficile liberté. Essais sur le judaïsme*, Paris, Albin Michel, 1976, pp. 299-303.)